Estampas y pesares

Mauricio Orozco-Alzate

(Colombia, 1981-v.)

Ingeniero Electrónico, Magíster en Ingeniería-Automatización Industrial y Doctor en Ingeniería Automática de la Universidad Nacional de Colombia. Profesor Titular de la misma institución.

Resumen

La siguiente es una selección de siete poemas sobre escenas que presentan imágenes inconfundibles del contexto social y cultural colombiano.

Palabras clave

Colombia rural, estampas, paisajes, pesares, poemas, sonrisas.

Vuélvanse a ver

Más de cien mil personas han sido dadas por desaparecidas en la larga guerra colombiana
(Comisión de la Verdad)

Aquel sábado gris, de madrugada
partió don Nicolás rumbo al mercado
y, como siempre, al llegar al vado,
detuvo en la orilla su mulada.

Ondeó el poncho, lanzó fuerte silbido,
anunciando del viaje su progreso,
otro silbo él daría a su regreso,
diría su mujer: ya vuelve al nido.

Cayó la noche, no se oyó aviso;
solas, sin carga, las mulas llegaron,
la calma de la esposa se deshizo.

Desde entonces, allí donde moraron,
fiel aguarda ella al único que quiso,
¡oh, Dios! vuélvanse a ver los que se amaron.

El jubilado

A las cinco está despierto,
aunque ya está jubilado,
viste de saquito abierto,
como siempre endomingado.

En la radio las noticias,
a las siete ya ha escuchado,
con las gafas de presbicia
sale al parque del poblado.

En la banca de la esquina
de parqués juega una mano,
charla luego en la cantina
de lo santo y de lo humano.

Un café de despedida,
de negocios él discute;
al final otra partida,
con los mismos juega al tute.

Recolectores de café

Comerás el pan con el sudor de tu rostro
(Gen. 3, 19)

El sol canicular hiere sus frentes,
patrones los contratan a destajo,
con sed o con dolor han de ser fuertes,
recogen el café: duro trabajo.

Con áspero canasto en la cintura,
—la boca de la tolva los espera—
jadeantes ascienden con premura,
alivian su penar con “bogadera”.

Por almohadas sus jíqueras ligeras
y en húmedos cuarteles hacinados,
improvisan sus rústicas literas
con esteras y en bultos apilados.

¡Ay! si Adán por mi Dios fue condenado
a ganarse con sudores el sustento
¿por qué a ellos les cobran tal pecado,
mientras otros —parece— están exentos?

Manos de abuelo

Miro en mi abuelo sus trémulas manos,
recibo de ellas su fiel bendición,
observo sus nudos y callos ancianos:
las huellas penosas de enérgica acción.

Enjalmaron mulas, ganaron jornales,
cavaron mil surcos con un azadón,
juntaron cosechas en los cafetales,
cargaron racimos de plátano hartón.

Construyeron bancas, zarzos, zaguanes,
usando cepillo, garlopa y formón;
con destreza innata —cual profesionales—
calaron la malla del contraportón.

Hoy día sin fuerza, cansadas, solemnes,
se aferran seguras a un recio bastón;
las mías —en cambio— novatas, indemnes,
parécenme indignas en comparación.

Calor de hogar

Se escucha del gallo la prima canción,
aún no amanece, el sol es esquivo,
—el horizonte lo tiene cautivo—
se rezan maitines, comienza la acción.

Al poco Rosita enciende el fogón,
se asan arepas de choclo nativo,
—larga jornada demanda el cultivo—
ya bate el cacao y atiza el carbón.

Llega su esposo, el viejo don Bruno,
trae la puesta que halló en el galpón,
en breve está frita en negro perol.

En torno del fuego se rompe el ayuno,
se sirven de queso en buena porción;
alegra a la estancia un rayo de sol.

Despertares

El perezoso quiere y no quiere
(Prov. 13, 4)

Despunta el alba, se escucha un coro,
el gallo canta, la mirla trina,
despierta el campo con luz cetrina,
desde su percha ya parla el loro.

El gato duerme bajo la mesa,
descansa el cuerpo sobre su lomo;
yo entre las mantas ni un dedo asomo,
vencer no puedo la vil pereza.

Asomado en el postigo

Asomado en el postigo,
intento dejar de pensar
que pronto te vas a casar,
pero no será conmigo.
Dices me quieres de amigo,
mas pasional es lo mío
—que no un simple amorío—
y no es posible ocultar
mi deseo y simular
que este fuego sea frío.